

la cabeza encanecida de ese caballero cristiano! Piadoso como San Luis, afable, compasivo y justiciero como Luis XI, cortés como Francisco I, franco como Enrique IV, sea feliz con toda la felicidad que le ha faltado por tantos años. Que el trono en que tantos monarcas han encontrado borrascas para él un lugar de descanso.»

En otra parte he celebrado también al mismo príncipe: el modelo ha envejecido; pero se le reconoce en los toques jóvenes del retrato: la edad nos marchita robándonos una cierta verdad de poesía que forma el cutis y el color de nuestro rostro, y sin embargo, uno ama á pesar suyo el rostro que se ha ajado al mismo tiempo que el nuestro. He cantado himnos á la raza

de Enrique IV, y volvería á cantarlos otra vez con gusto combatiendo de nuevo los errores de la legitimidad y atrayéndome de nuevo su desgracia, si estuviese destinada á renacer. La razón es que la monarquía legítima constitucional me ha parecido siempre el camino más suave y seguro para la libertad completa. He creído y creería todavía cumplir como buen ciudadano, exagerando las ventajas de esa monarquía, á fin de darle, si de mí dependiese, la duración necesaria para la conservación de la transformación gradual de la sociedad y de las costumbres.

Hago un servicio á la memoria de Carlos X oponiendo la verdad pura y sencilla á lo que se dirá de él en el futuro. La enemistad de los partidos le represen-



EL DUQUE DE BURDEOS.

tará como un hombre infiel á sus juramentos y que ha violado las libertades públicas; nada de eso es cierto. Al atacar la Carta procedió de buena fe; no se creyó ni se debía creer perjuro; tenía la firme intención de restablecer esa Carta después de haberla salvado á su manera y como él la comprendía. Carlos X es tal como le he descrito: dulce, aunque propenso á la cólera; bueno y tierno con sus familiares; amable, ligero, sin hiel; con todas las dotes de un caballero, la devoción, la nobleza, la cortesía elegante, pero mezclado todo de debilidad, lo cual no excluye el valor pasivo y la gloria de morir bien; incapaz de seguir hasta el fin una resolución, sea buena ó mala, amurallado con las preocupaciones de un siglo y de su condición; en una época ordinaria, conveniente; en otra extraordinaria, hombre de perdición, pero no de desgracia.

EL DUQUE DE BURDEOS.

Por lo que toca al duque de Burdeos, querrian hacer de él en Hradschin un rey siempre á caballo, que

estuviese dando siempre grandes estocadas. Necesario es sin duda que sea valiente; pero es un error figurarse que en estos tiempos sería reconocido el derecho de conquista, y que bastará solo ser Enrique IV para subir al trono. Sin valor no se puede reinar; con el valor solo, no se reina ya. Bonaparte mató la autoridad de la victoria.

Quizá podría concebir Enrique V un papel extraordinario. Supóngase que á los veinte años conozca su posición, y diga entre sí: «No puedo permanecer inmóvil; tengo deberes de nacimiento que cumplir con lo pasado; pero, ¿he de verme obligado á turbar la Francia por causa mía solo? ¿Deberé pesar sobre los siglos futuros con todo el peso de los siglos pasados? Cortemos la cuestión: inspiremos remordimientos á los que proseribieron injustamente mi infancia, y mostrémosles lo que yo podía ser. Solo de mí depende ofrecerme á mi país, consagrando de nuevo, cualquiera que sea el éxito del combate, el principio de las monarquías hereditarias.»

Entonces el hijo de San Luis abordaría la Francia

en la doble idea de gloria y de sacrificio, y entraría en ella con la firme resolución de quedar allí con la corona en sus sienes ó una bala en el corazón: en el último caso su herencia iría á Felipe. La vida triunfante ó la muerte sublime de Enrique restablecería la legitimidad, despojada únicamente de lo que no comprende ya el siglo y de lo que no conviene ya á la época. Por lo demás, aun suponiendo el sacrificio de mi joven príncipe, no lo haría para mí: después de muerto Enrique V sin hijos, no reconocería jamás monarca en Francia.

Me he dejado llevar de quimeras. lo que supongo relativo al partido que podría tomar Enrique no es posible: razonando de esta manera, me he colocado con el pensamiento en un orden de cosas superior á nosotros: orden que, siendo natural en una época de elevación y magnanimidad, no parecería hoy más que una exaltación de novela: es como si á la hora presente opinase yo por volver á las cruzadas, cuando nos hallamos en la triste realidad de una naturaleza humana degenerada. Tal es la disposición de los ánimos que Enrique V encontraría en la apatía de la Francia interiormente, y en las monarquías de fuera obstáculos invencibles. Preciso será, pues, que se someta y consienta en aguardar los sucesos, á menos que se decida por un papel que no se dejaría de criticar con el epíteto de *aventurero*. Será necesario que vuelva á la serie de los hechos medianos, y vea, sin dejarse abatur, las dificultades que le rodean.

Los Borbones se sostuvieron después del imperio, porque sucedían á la arbitrariedad. ¿Se concibe á Enrique trasladado desde Praga al Louvre, después del uso de la más completa libertad? La nación francesa no quiere en el fondo esa libertad, pero adora la igualdad: no admite lo absoluto sino para ella y por ella, y su vanidad le ordena no obedecer sino á lo que se impone ella misma. En vano trató la Carta de hacer vivir bajo una misma ley á dos naciones que se hicieron extranjeras una á otra; la Francia antigua y la Francia moderna. ¿Cómo es posible hacer que se comprenda una Francia á otra, cuando se han acrecentado las preveniciones? No se atraerán los ánimos con presentar á su vista verdades incontestables.

Si oímos á la pasión y la ignorancia, los Borbones son los autores de todos nuestros males: la restauración de la rama primogénita sería el restablecimiento de la dominación del palacio: los Borbones son los fautores y cómplices de esos tratados opresores de que con razón nunca he cesado de lamentarme; y sin embargo, nada hay más absurdo que esas acusaciones en que las fechas quedan olvidadas y los hechos son groseramente alterados. La restauración no ejerció influencia alguna en los actos diplomáticos sino en la época de la primera invasión. Es notorio que no se quería esa restauración, cuando se negociaba con Bonaparte en Chatillon, que, si este hubiese querido, habría permanecido emperador de los franceses. En vista de la obstinación de su carácter y á falta de otra cosa mejor, se echó mano de los Borbones, que estaban allí. *Monsieur*, lugarteniente del reino, tuvo entonces alguna parte en las transacciones del día: ya se ha visto en la vida de Alejandro lo que nos había dejado el tratado de París de 1814.

En 1815 no se trató ya de los Borbones, y para nada entraron en los contratos espoliadores de la segunda invasión: esos contratos fueron resultado del rompimiento del destierro de la isla de Elba. En Viena declararon los aliados que no se reunían más que contra un solo hombre; que no pretendían imponer ninguna especie de amo ni especie ninguna de gobierno á la Francia. Hasta Alejandro había pedido al Congreso otro rey que no fuese Luis XVIII. Si este al venir á sentarse á las Tullerías no se hubiese apresurado á volar su trono, no habría reinado nunca. Los tratados de 1815 fueron abominables precisamente porque

no se quiso oír la voz paternal de la legitimidad, y para hacer quemar esos tratados fue por lo que quiso reconstituir nuestro poder en España.

El único momento en que se halla el espíritu de la restauración es en el congreso de Aquisgram: los aliados se habían convenido en arrebatarnos nuestras provincias del Norte y del Este; Mr. de Richelieu intervino. Sensible el czar á nuestra desgracia, y llevado de sus inclinaciones equitativas, entregó al duque de Richelieu el mapa de Francia sobre el que estaba trazada la fatal línea. Yo mismo he visto ese mapa de la Estigia en manos de Mad. de Montcalm, hermana del noble negociador.

Ocupada como estaba la Francia y con guarniciones extranjeras en nuestras plazas fuertes, ¿podíamos hacer resistencia? Privados que fuésemos de nuestros departamentos militares, ¿cuánto tiempo habríamos gemido bajo la conquista! Si hubiésemos tenido un soberano de una familia nueva, un príncipe de ocasión, nadie le habría respetado. Entre los aliados, unos cedieron á la ilusión de una grande estirpe; otros creyeron que bajo un poder gastado perdería el reino su energía y dejaría de ser objeto de alarma: el mismo Cobbet conviene en esto en su carta. Es por lo tanto, una monstruosa ingratitud no ver que si somos todavía la antigua Galia, lo debemos á la sangre que mas hemos maldecido. Esa sangre, que desde hace ocho siglos circulaba en las venas mismas de la Francia; esa sangre, que la había hecho lo que es, la salvó de nuevo. ¿Por qué obstinarse en negar eternamente los hechos? Se abusó contra nosotros de la victoria como habíamos abusado nosotros de ella contra Europa. Nuestros soldados habían ido á Rusia, y trajeron en pos de sus pasos á los soldados que huían ante ellos. Después de la acción, la reacción: tal es la ley. Esto nada hace á la gloria de Bonaparte; gloria aislada y que permanece entera; ni á nuestra gloria nacional, cubierta con el polvo de la Europa, cuyas torres han barrido nuestras banderas. Era, pues, inútil, por un despecho si se quiere sobrado justo, ir á buscar á nuestros males otra causa que la verdadera. Lejos de ser los Borbones esa causa, compartían por lo menos nuestros reveses.

Examinense ahora las calumnias de que ha sido objeto la Restauración; consúltense los archivos de las relaciones exteriores, y resultará el convencimiento de la independencia del lenguaje usado con las potencias bajo el reinado de Luis XVIII y Carlos X. Nuestros soberanos tenían la conciencia de la dignidad nacional; fueron sobre todo reyes en el extranjero, el cual no quiso nunca con franqueza el restablecimiento y no vió sino con pesar la resurrección de la monarquía primogénita. El lenguaje diplomático de Francia en la época á que me refiero, preciso es decirlo, es particular á la aristocracia: la democracia, llena de grandes y fecundas virtudes, es arrogante cuando llega á dominar; pródiga en extremo cuando hay que hacer sacrificios inmensos, no acierta en los detalles, y rara vez es elevada, especialmente en las desgracias largas. Una parte del odio de las cortes de Inglaterra y Austria contra la legitimidad, procede de la firmeza del gabinete de los Borbones.

Lejos de precipitar esa legitimidad, con mejor acuerdo se hubieran apuntalado sus ruinas: al abrigo, en lo interior, se habría levantado el nuevo edificio, como se construye un buque que debe arrostrear el Océano en un estanque cubierto tallado en la roca: así se ha formado la libertad inglesa, en el seno de la legislación normanda. No había que repudiar la sombra monárquica: este fantasma, centenario de la edad media, tenía, como Dandolo, *hermosos ojos en la cabeza y no veía gota*; anciano que podía guiar á los jóvenes cruzados, y que, adornado con sus cabellos blancos, imprimía aun sobre la nieve sus pisadas indelebles.

Se concibe que en nuestros temores prolongad

nos cieguen preocupaciones y vergüenzas vanidosas; pero la remota posteridad reconocerá que la restauración ha sido, hablando históricamente, una de las fases más felices de nuestro ciclo revolucionario. Los partidos, cuyo calor no se ha extinguido aun, pueden exclamar ahora: «Fuimos libres bajo el imperio, y esclavos bajo la monarquía de la Carta.» Las generaciones futuras, sin pararse en esa contra-verdad, risible si no fuese un sofisma, dirán que los Borbones en su regreso evitaron la desmembración de la Francia, fundaron entre nosotros el gobierno representativo, hicieron prosperar la hacienda, pagaron deudas que no habían contraído, y satisficieron religiosamente hasta la pensión de la hermana de Robespierre. En fin, para reemplazar nuestras colonias perdidas, nos dejaron en África una de las provincias más ricas del imperio romano.

Tres cosas señalan la monarquía restaurada; haber entrado en Cádiz; haber dado en Navarino la independencia á la Grecia; haber emancipado á la cristianidad apoderándose de Argel: empresas contra las que se estrellaron Bonaparte, la Rusia, Carlos V y la Europa. Designenme un poder de algunos días (y un poder tan disputado) que haya hecho cosas semejantes.

Creo, con la mano sobre mi conciencia, no haber exagerado nada, ni haber expuesto más que hechos en lo que acabo de decir acerca de la legitimidad. Es seguro que los Borbones no querían ni podrían restablecer una monarquía de palacio y acantonarse en una tribu de nobles y curas; es cierto que no han sido traídos por los aliados, y han sido el accidente, no la causa, de nuestros desastres, causa que evidentemente procede de Napoleón. Pero es seguro también que la vuelta de la tercera raza ha coincidido desgraciadamente con los triunfos de las armas extranjeras. Los cosacos se presentaron en París en el momento en que se volvía á ver allí á Luis XVIII: desde entonces para la Francia humillada, para los intereses particulares, para todas las pasiones conmovidas, la Restauración y la invasión son dos cosas idénticas: los Borbones han venido á ser la víctima de una confusión de hechos, de una calumnia cambiada como tantas otras en una verdad mentira. ¡Ay! es difícil escapar de esas calamidades que la naturaleza y el tiempo producen: por más que se las combate, el buen derecho no lleva siempre la victoria. Los Psyllos, nación de la antigua África, habían tomado las armas contra el viento del Mediodía; levantóse un torbellino, y sumergió á aquellos valientes. «Los Nasamonios, dice Herodoto, se apoderaron de su país abandonado.»

Hablando de la última calamidad de los Borbones, se me viene á la memoria su principio; yo no sé qué agüero de su tumba se hizo oír en su cuna. Apenas se vió Enrique IV dueño de París, se apoderó de él un funesto presentimiento. Las tentativas de asesinato que se renovaban, sin alarmar su valor, influían sobre su alegría natural. En la procesión del Espíritu Santo el 5 de enero de 1593, se presentó vestido de negro, con un emplasto en el labio superior sobre la herida que le había hecho Juan Chatel en la boca queriéndole atravesar el corazón. Tenía el semblante triste, y preguntándole el motivo madama de Balagni:—¿Cómo, le respondió, puedo estar contento al ver un pueblo tan ingrato, que haciendo todos los días lo que puedo por él, y por cuyo bienestar querria sacrificar mil vidas, si Dios me las hubiese dado, comete todos los días nuevos atentados, porque desde que estoy aquí no oigo hablar de otra cosa?»

Sin embargo, ese pueblo gritaba ¡viva el rey!—«Señor, dijo un individuo de la corte: ved como todo vuestro pueblo se alegra de veros.» Enrique meneando la cabeza, dijo:—«Es un pueblo. Si mi mayor enemigo estuviese donde yo estoy y le viese pasar,

le haria lo mismo que á mí, y gritaria si cabe, mas.»

Un partidario de la liga, viendo al rey abismado en el fondo del carruaje, dijo:—«Vedle ahí como si fuese en la carreta.» ¿No parece que aquel partidario de la liga hablaba de Luis XVI caminando del Temple al cadalso?

El viernes 14 de mayo de 1810, volviendo el rey de los fuldenses con Basompierre y el duque de Guisa les dijo:—«Vosotros no me conocéis aun, y cuando me hayais perdido, conoceréis entonces la diferencia que va de mí á los demás hombres.—¡Dios mío, señor! replicó Basompierre: ¿no acabareis del afligirnos con vuestros agüeros de morir pronto?»

Y entonces el mariscal pintó á Enrique su gloria, su prosperidad, su buena salud, que prolongaba su juventud.—«Amigo mío, le dijo el rey, es preciso abandonar todo eso.» Ravailac estaba á la puerta del Louvre.

Basompierre se retiró, y no vió ya al rey más que en su despacho.

«Estaba tendido, dice, en su lecho, y Mr. de Vic, sentado en el mismo lecho que él, había puesto la cruz de su orden en su cama, y le hacia acordarse de Dios. Mr. Legrand, que llegó, se puso de rodillas entre la cama y la pared, y tenía asida una mano que besaba. Yo me hallaba arrojado á sus piés, y los estrechaba llorando amargamente.»

Tal es el relato de Bassompierre.

Perseguido por estos tristes recuerdos, me parecía que había visto en los largos salones de Hradschin á los últimos Borbones, que pasaban *tristes y melancólicos* como el primer Borbon en la galería del Louvre: yo había ido á besar los piés del trono junto á su muerte. Que muera para siempre ó resucite, tendrá mis últimos juramentos: al día siguiente de la desaparición final principiará para mí la república. En caso de que las Parcas, que deben dar á luz mis *Memorias*, no las publiquen inmediatamente, se sabrá, cuando aquellas aparezcan, luego que se haya leído y meditado todo, hasta qué punto me he engañado en mis presagios y en mis conjeturas. Respetando la desgracia, respetando á lo que he servido y continuado sirviendo á costa de la tranquilidad de mis últimos días, trazo mis palabras, verdaderas ó infundadas, al descenso de mis horas, hojas secas y ligeras que el soplo de la eternidad habrá dispersado bien pronto.

Si las altas estirpes estuviesen próximas á su término (hecha abstracción de las posibilidades de lo futuro, y de las vivas esperanzas que retoñan sin cesar en lo íntimo del corazón humano), ¿no sería mejor que, poniendo un término digno de su grandeza, se retirasen á la noche de lo pasado con los siglos? Prolongar sus días más allá de una brillante carrera, nada vale: el mundo se causa de ellas y de su ruido, y les echa la culpa de estar siempre así. Alejandro, César, Napoleón, han desaparecido según las reglas de la fama. Para que uno muera bello, es preciso que muera joven: no hagais decir á los hijos de la primavera: «¡Cómo! ¿Es ese genio, esa persona, esa raza á quien el mundo prodigaba aplausos, y de la que se habría pagado un cabello, una sonrisa, una mirada con el sacrificio de la vida?» ¡Qué triste es ver al anciano Luis XIV no hallar al lado suyo, para hablar de su siglo, mas que al anciano duque de Villeroy! Una última victoria fue para el gran Condé la de haber encontrado á Bossuet al borde de su fosa: el orador animó las mudas aguas de Chantilly; con la infancia del anciano reafirmó la adolescencia del joven, y volvió á ennegrecer los cabellos sobre la frente del vencedor de Rocroy, diciendo un adiós inmortal á sus cabellos blancos. Los que amais la gloria, cuidad de vuestra tumba; recostaos bien en ella; procurad hacer buena figura, porque en esa quedareis,

LA DELFINA.

El camino de Praga á Carlsbad se prolonga en las fastidiosas llanuras que ensangrentó la guerra de Treinta años. Al atravesar de noche aquellos campos de batalla me humillo ante el Dios de los ejércitos, que lleva al cielo en el brazo como un escudo. Desde bastante lejos se divisan los montecillos poblados de vegetación, á cuyos piés están los baños. La agudeza de los médicos de Carlsbad compara el camino á la serpiente de Esculapio, que bajando la colina viene á beber en la copa de Hygia.

Desde lo alto de la torre de la ciudad, *Stadthurm*, torre coronada por un campanario, unos centinelas tocan la trompa así que columbran á un viajero. Yo fui saludado con el alegre sonido como un moribundo, y todos se dijeron con júbilo en el valle!—«¡Es un artrítico, un hipocondriaco, un miopa!» ¡Ay! yo era mas que todo eso; era un incurable.

El 31 á las siete de la mañana me hallaba instalado en el *Escudo de Oro*, fonda establecida por cuenta del conde de Bolzona, un noble arruinado. Hospedábanse en la misma fonda los condes de Cossé (que se me habían anticipado), y mi compatriota, el general de Trogoff, poco antes gobernador del palacio de Saint-Cloud, nacido en Landivisian en el radio de la luna de Landernau, y, á pesar de su figura rechoncha, capitán de granaderos austriacos en Praga durante la revolución. Venía de visitar á su señor, desterrado, sucesor de San Clodoaldo, monje en su tiempo en Saint-Cloud. Trogoff, después de su peregrinación, se volvía á la Baja Bretaña, llevando consigo un ruisenor de Hungría y otro de Bohemia, que no dejaban dormir á nadie en la fonda, pues tanto se lamentaban de la crueldad de Tereo. Trogoff los atestaba de corazón de vaca hecho pedacitos, sin lograr poner término á su dolor.

Et mœstis late loca questibus implet.

Abrazámonos Trogoff y yo como dos bretones. El general, bajo y cuadrado como un celta de la Cornualla, no carecía de finura bajo la apariencia de franqueza, y era cómico en su modo de hablar. Agradaba bastante á la delfina; y como sabía el alemán, solía aquella pasear con él. Avisada de mi llegada por Mad. de Cossé, me anunció que fuese á verla á las nueve y media ó á las doce: á las doce me hallaba yo en su casa.

Ocupaba un edificio aislado, al extremo de la aldea sobre la orilla derecha del Teple, pequeño río que baja de la montaña y cruza á Carlsbad en toda su longitud. Al subir la escalera de la habitación de la princesa me sentía turbado: iba yo á ver, casi por la vez primera, á aquel modelo perfecto de los padecimientos humanos, á aquella Antígona de la cristiandad. No había hablado en mi vida diez minutos con la delfina, y apenas me había dirigido ella dos ó tres palabras en el curso rápido de sus prosperidades: siempre se había mostrado turbada conmigo. Aun cuando jamás he escrito ni hablado de ella sino con una admiración profunda, la delfina había debido necesariamente alimentar, con respecto á mí, las prevenciones de ese rebaño de antecámara, en medio del cual vivía: la familia real vegetaba aislada en aquella ciudadela de la necesidad y la envidia, que sitiaban sin poder penetrar en ellas las generaciones nuevas.

Me abrió la puerta un criado, y divisé á la delfina sentada en el fondo de un salón, sobre un sofá, bordando una tapicería. Entré tan conmovido, que no sabía si podría llegar hasta la princesa.

Levantó esta la cabeza, que tenía inclinada sobre la labor, como para ocultar su emoción, y dirigiéndome la palabra, me dijo:—«Tengo un placer en veros,

Mr. de Chateaubriand: el rey me había enviado á decir vuestra llegada. ¿Cómo habeis pasado la noche? Debeis estar cansado.»

Yo le presenté respetuosamente las cartas de la duquesa de Berry: tomólas ella; las puso á sulado en el campapé, y me dijo:

—«Sentaos, sentaos.»

En seguida continuó su labor con un movimiento rápido, maquina y convulsivo.

Callaba yo, y la delfina guardaba silencio: oíase el pinchazo de la aguja y el roce de la lana, que la princesa hacia correr bruscamente por el cañamazo, sobre el cual vi caer algunas lágrimas. La ilustre infortunada las enjugó en sus ojos con el dorso de su mano, y sin levantar la cabeza me dijo:

—«¿Cómo está mi hermana? Es muy desgraciada; muy desgraciada, y la compadezco mucho, mucho.»

Estas palabras, breves y repetidas, intentaban en vano anudar una conversación para la que faltaban expresiones á ambos interlocutores. Lo encarnado de los ojos de la delfina, causado por el hábito de las lágrimas, la daba una belleza que la hacia asemejar á la virgen del Spasimo.

—«Indudablemente, respondí yo al fin, la duquesa de Berry es muy desgraciada: me ha encargado que venga á poner á sus hijos bajo vuestra protección durante su cautiverio. Es gran consuelo para sus penas el pensar que Enrique V hallará en V. M. una segunda madre.»

Pascal ha tenido razón en mezclar la grandeza y la miseria del hombre: ¿quién se hubiera imaginado que la delfina tuviese en algo esos títulos de reina, de magestad que le eran tan naturales, y cuya vanidad había conocido? Pues bien: la palabra *magestad* fue una palabra mágica que resplandeció sobre la frente de la princesa, de la que apartó por un momento las nubes. Estas no tardaron en rodearla de nuevo como una diadema.

—«¡Oh! No, no, Mr. de Chateaubriand, me dijo la princesa mirándome y suspendiendo su labor: no soy reina.»

—«Lo sois, señora; lo sois por las leyes del reino: el delfin no ha podido abdicar sino habiendo sido rey. La Francia os mira como á su reina, y vos sereis la madre de Enrique V.»

La delfina no disputó mas: aquella pequeña debilidad que revelaba la mujer, ocultaba el brillo de grandezas diversas, les daba una especie de encanto y las ponía mas en armonía con la condición humana.

Leí en voz alta mi credencial, en la que la duquesa de Berry me explicaba su matrimonio; me mandaba ir á Praga; pedía la conservación de su título de princesa francesa; y ponía á sus hijos al cuidado de su hermana.

La princesa había vuelto á continuar su bordado, y me dijo después de la lectura:

—«La duquesa de Berry hace bien en contar conmigo. Está muy bien, Mr. de Chateaubriand; está muy bien: compadezco mucho á mi cuñada; decidsele así.»

Aquella insistencia de la delfina en decir que compadece á la duquesa de Berry, sin ir mas lejos, me hizo ver cuán poca simpatía había en el fondo entre aquellas dos almas. Parecíame también que un movimiento involuntario había agitado el corazón de la santa. ¡Rivalidad de desgracia! Sin embargo, la hija de María Antonieta nada tenía que temer en aquella lucha: la palma sería siempre suya.

—«Si quisiérais leer, repuse yo, la carta que os escribe la duquesa de Berry y la que dirige á sus hijos, tal vez hallaríais en ellas nuevas explicaciones. Espero que tendreis la bondad de confiarme una carta para Blaye.»

Las cartas estaban escritas con limón.

—No entiendo nada de eso, dijo la princesa: ¿qué hemos de hacer?

Propuse el medio de una estufilla con algunos pedazos de madera blanca: la princesa tiró de la campanilla, cuyo cordón caía detrás del sofá. Presentóse un ayuda de cámara, recibió las órdenes, y dispuso el aparato sobre la meseta á la puerta del salón. Levantóse la princesa, y fuimos á la estufilla. Pusimosla sobre una mesa contigua al pasamanos de la escalera, cogí una de las dos cartas, y la arrimé paralelamente á la llama. La delfina me miraba, y se sonreía, porque no obtenía yo resultado.

—«Dadme acá, dijo; voy á probar yo á mi vez.»

Pasó la carta por encima de la llama, y apareció la gran letra gruesa de la duquesa de Berry: igual operación se hizo con la segunda carta. Extraña escena: ¡la hija de Luis XVI descifrando conmigo en lo alto de una escalera en Carlsbad los caracteres misteriosos que la cautiva de Blaye enviaba á la cautiva del Temple!

Volvímos á sentarnos al salón. La delfina leyó la carta que le dirigían á ella. La duquesa de Berry daba gracias á su hermana por el interés que había mostrado en su infortunio, le recomendaba sus hijos, y ponía particularmente á su hijo bajo la tutela de las virtudes de su tía. La carta á los hijos era unas cuantas expresiones de ternura. La duquesa de Berry exhortaba á Enrique á hacerse digno de la Francia.

La delfina me dijo:

—«Mi hermana me hace justicia: mucho me han conmovido sus penas, y mucho ha debido sufrir. Decidle que tomaré bajo mi cuidado al duque de Burdeos. Mucho le quiero. ¿Cómo le habeis encontrado? Goza de buena salud, ¿no es cierto? Es robusto, aunque un poco nervioso.»

Pasé dos horas en conferencia con la delfina, honor que solo ha podido obtenerse rara vez: ella parecía contenta. No habiéndome conocido nunca sino por informes enemigos, me creía sin duda un hombre violento, orgulloso con mi mérito: complaciase en ver que yo tenía figura humana y era un guapo hombre. Díjome con cordialidad:

—«Voy á pasearme para que me hagan provecho los baños: comeremos á las tres, y vendreis si no tenéis necesidad de acostaros. Quiero veros cuantas veces no os sirva de molestia.»

No sé á qué debía mi triunfo; pero seguramente la frialdad había desaparecido; la preocupación quedó borrada: aquellas miradas que se habían fijado en el Temple en los ojos de Luis XVI y de María Antonieta habían reposado con benevolencia sobre un pobre servidor.

Sin embargo, aun cuando había yo logrado inspirar confianza á la delfina, me sentía en extremo confuso: el temor de traspasar ciertos límites me quitaba hasta esa facultad de las cosas comunes que tenía al lado de Carlos X. Sea que yo no poseyese el secreto de extraer del alma de la princesa lo que había en ella de sublime; sea que el respeto que yo experimentaba cerrase el camino á la comunicación del pensamiento, ello era que sentía una esterilidad desconsoladora que procedía de mí.

A las tres estaba de vuelta en casa de la delfina. Encontré allí á la condesa Esterhazy y su hija, á Mad. de Agoult, á Mr. O'Hegerty, hijo, y á Mr. de Trogoff, los cuales tenían el honor de comer con la princesa. La condesa Esterhazy, bella en otro tiempo, se conserva todavía bien: en Roma había estado en relaciones con el duque de Blacas. Asegúrase que se mezcla en política é instruye al príncipe de Metternich de todo cuanto sabe. Cuando la princesa, al salir del Temple, fue enviada á Viena, encontró á la condesa Esterhazy, que llegó á ser su compañera. Notaba yo que ella escuchaba atentamente mis palabras, y al día siguiente tuvo la candidez de decir que

había pasado toda la noche escribiendo. Disponíase á marchar á Praga, en donde debía tener una entrevista secreta con Mr. de Blacas, en un sitio convenido: desde allí se dirigía á Viena. ¡Antiguas relaciones renovadas por el espionaje! ¡Qué asuntos y qué placeres! La señorita Esterhazy no es bonita, tiene el aire picante y maligno.

La vizcondesa de Agoult, devota hoy, es una persona importante de las que hay siembra en los gabinetes de las princesas. Ha encumbrado á su familia cuanto ha podido, dirigiéndose á todo el mundo, y particularmente á mí: he tenido la suerte de colocar á sus sobrinos, que eran tantos como los del difunto archi-canciller Cambacères.

La comida fue tan mala y escasa, que salí muerto de hambre; sirviéronla en la misma sala de la delfina, porque esta no tenía comedor. Después de la comida, levantaron la mesa: la princesa volvió á sentarse en el sofá, continuó su labor, y formamos círculo alrededor. Trogoff contó historias, á lo que tiene afición la princesa. Ocupáse especialmente de las mujeres. Tratóse de la duquesa de Guiche.

—«No le sientan bien las trenzas,» dijo la delfina con gran sorpresa mía.

Desde su sofá veía la primera por la ventana lo que pasaba por fuera, y nombraba á los que se paseaban. Llegaron dos pequeños caballos con dos jockeys vestidos á la escocesa: la delfina cesó de bordar, miró mucho, y dijo:

—«Es Mad... (he olvidado el nombre), que va á la montaña con sus hijos.»

María Teresa, curiosa y enterada de los hábitos de la vecindad, la princesa de los tronos y de los cadáveres descendida de la altura de su vida al nivel de las demás mujeres, me interesaba singularmente: observaba yo con una especie de enternecimiento filosófico.

A las cinco salió la delfina á pasear en carruaje: á las siete estaba yo de vuelta en la reunión. Igual posición: la princesa en el sofá, las personas de la mesa y cinco ó seis jóvenes y viejas bebedoras de agua, que ensanchaban el círculo. La delfina hacía esfuerzos felices, pero visibles, para ser afable, dirigiendo á cada cual una expresión. Háblome diferentes veces, afectando nombrarme para darme á conocer; pero entre cada frase volvía á caer en una distracción. Su aguja multiplicaba sus movimientos; su rostro se aproximaba á la labor; yo veía á la princesa de perfil, y no pudo menos de chocarme una semejanza siniestra: la princesa ha tomado el aire de su padre: cuando veía su cabeza como inclinada bajo el hacha del dolor, parecíame ver la de su padre aguardando la caída del hacha.

A las ocho y media terminó la reunión, y me acosté abrumado de sueño y de cansancio.

El viernes, 4.º de junio, estaba ya en pie á las cinco: á las seis me dirigí á Muhlenbad (baño del molino); los bebedores y bebedoras de agua se agrupaban alrededor de la fuente, y se paseaban bajo la galería de madera de columnas, ó en el jardín contiguo á aquella galería, llegó la delfina vestida con un mezuquino traje de seda gris: llevaba en los hombros un chal usado, y en la cabeza un sombrero viejo. Parecía haber compuesto sus vestidos, como su madre, en la Conserjería. Su escudero, Mr. O'Hegerty, le daba el brazo. Mezclóse entre la multitud, y presentó su taza á las mujeres que cogen el agua del manantial. Nadie hacía alto en la condesa de Marne. Su abuela, María Teresa, construyó en 1762, la casa llamada del Muhlenbad, y dió también á Carlsbad las campanas que debían llamar á su nieta al pie de la cruz.

Habiendo entrado la delfina en el jardín, me adelanté hácia ella, y pareció sorprenderse de aquella galantería de cortesano. Rara vez me había yo levantado tan de mañana para las personas reales, á excep-

ción quizá del 13 de febrero de 1820, cuando fui á buscar al duque de Berry en la Opera. La princesa me permitió dar cinco ó seis vueltas al jardín, al lado suyo: habló con benevolencia, y me dijo que me recibiría á las dos, y me daría una carta. Separéme de ella por discreción, almorcé de prisa, y empleé el tiempo que me quedaba en recorrer el valle.

EPISODIOS. — MANANTIALES. — AGUAS MINERALES. — RECUERDOS HISTÓRICOS.

Carlsbad 1.º de junio de 1835.

Como francés no hallaba yo en Carlsbad mas que recuerdos penosos. Esta ciudad toma su nombre de Carlos IV, rey de Bohemia, que fué allí á curarse de tres heridas recibidas en Crecy, combatiendo al lado de su padre Juan. Lobkowitz dice que Juan fue muerto por un escocés, circunstancia ignorada de los historiadores.

Sed cum Gallorum fines et amica tuetur
Arva, Caledonia cuspidis fossus obit.

«Mientras defendía los confines de las Galias y los campos amigos, muere atravesado por una lanza caledonia.»

¿No habría puesto el poeta *Caledonia* por la cantidad? En 1340 estaba Eduardo en guerra con Roberto Bruce, y los escoceses eran aliados de Felipe.

La muerte de Juan de Bohemia el Ciego, en Crecy, es una de las aventuras mas heroicas é interesantes de la caballería. Juan quería ir á socorrer á su hijo Carlos, y dijo á su compañero:

—«Señores, sois amigos míos, y exijo de vosotros que me lleveis tan adelante que pueda herir con la espada. Ellos contestaron que lo harían de buen grado... El rey de Bohemia fué tan adelante, que dió estocadas, mas de cuatro, y combatió con mucho vigor, y así hicieron tambien los de su compañía; y con tal furia cayeron sobre los ingleses, que todos quedaron allí, y fueron hallados al día siguiente en el sitio alrededor de su señor y todos sus caballos atados juntos.»

No se sabe mas sino que Juan de Bohemia estaba enterrado en Montargis, en la iglesia de los dominicos, y que se leía sobre su tumba este resto de una inscripción borrada: «Murió á la cabeza de su gente, recomendándola juntamente á Dios el padre. Rogad á Dios por este suave rey.»

¡Ojalá que este recuerdo de un francés pueda expiar la ingratitud de la Francia cuando en los días de nuestras nuevas calamidades espantamos al cielo con nuestros sacrilegios, y arrojamos fuera de su tumba á un príncipe que murió por nosotros en los días de nuestros antiguos infortunios.

Cuentan las crónicas que en Carlsbad, estando de caza Carlos IV, hijo del rey Juan, uno de sus perros, que corría tras de un ciervo, cayó de lo alto de una colina en un estanque de agua hirviendo. Sus ahullidos hicieron acudir á los cazadores, y se descubrió el manantial del *Sprudel*. Un cochinillo que se escaldó en las aguas de Toeplitz las indicó á unos pastores.

Tales son las tradiciones germánicas. Yo he pasado á Corinto: los restos del templo de las cortesanas se hallaban dispersos sobre las cenizas de Glycera; pero la fuente Pirene, nacida de las lágrimas de una niña, corría todavía entre las adelfas por donde volaba en el tiempo de las musas el caballo Pegaso. Las olas de un puerto sin buques bañaban unas columnas caídas, cuyo chapitel entraba en el mar como cabezas de jóvenes ahogadas tendidas en la arena: el mirto había brotado en sus cabelleras y reemplazaba la hoja de acanto: estas son las tradiciones de la Grecia.

Cuéntanse en Carlsbad ocho fuentes: la mas céle-

bre es el *Sprudel*, descubierta por el sabueso. Esta fuente brota de la tierra, entre la iglesia y el Teple, con un ruido hueco y un vapor blanco: salta en brinco irregular, á seis ó siete piés de altura. Los manantiales de la Islandia son los únicos superiores al *Sprudel*; pero nadie va á buscar la salud á los desiertos del Hecla, en donde espira la vida; en donde el día del verano, saliendo del día, no tiene ocaso ni aurora; en donde la noche del invierno, que renace de la noche, carece de alba y crepúsculo.

El agua del *Sprudel* cuece los huevos, y sirve para lavar la vajilla: este hermoso fenómeno ha entrado al servicio de las mujeres de Carlsbad, imagen del género que se degrada prestando su poder á obras viles.

Mr. Alejandro Dumas ha hecho una traducción libre de la oda latina de Lobkowitz sobre el *Sprudel*.

Fons heliconianum, etc.

«Fuente consagrada á los himnos del poeta, ¿cuál es el foco de tu secreto calor? ¿De dónde viene tu agua, ardiente de azufre y cal? La llama con que el Etna no abrasa las nubes, ¿se abre, acaso, hácia tí por caminos ignorados, ó vecina de la Estigia hace esta hervir tus aguas?»

Carlsbad es el punto ordinario de reunión de los soberanos! debieran curarse allí bien de la corona por ellos y por nosotros.

Todos los días se publica una lista de los que van á visitar el *Sprudel*: en las antiguas listas se leen los nombres de los poetas y literatos mas ilustrados del Norte, Garowsky, Dunker, Weisse, Herder, Goethe: hubiera deseado encontrar entre ellos á Schiller, objeto de mi preferencia. En la hoja del día, entre la multitud de los visitantes oscuros, se lee el nombre de la CONDESA DE MARNE: es el único que está impreso en versalitas.

En 1830, en el momento mismo de la caída de la familia real en Saint-Cloud, la viuda y los hijos de Cristóbal tomaban las aguas en Carlsbad. SS. MM. haitianas se retiraron á Toscana al lado de las magestades napoleónicas. La hija menor del rey Cristóbal, muy instruida y muy linda, murió en Pisa; su belleza de ébano descansa libre bajo los pórticos del campo santo, lejos del campo de cañas y nópalos á cuya sombra había nacido.

En 1826 se vió en Carlsbad á una inglesa de Calcuta que pasó de la higuera baniana al olivo de Bohemia, del sol del Ganges al del Teple; extinguiase como un rayo del cielo indio perdido en el frío y la noche. El espectáculo de los cementerios en los sitios consagrados á la salud es melancólico; allí dormitan jóvenes extrañas unas á otras; sobre sus tumbas están grabados el número de sus días y la indicación de su patria; se figura uno recorrer un invernadero, en donde se cultivan las flores de todos los climas, y cuyos nombres están escritos en una targeta al pié de aquellas.

La legislación indígena ha acudido á las necesidades de la muerte exótica; previendo el fallecimiento de los viajeros lejos de sus países, ha permitido de antemano las exhumaciones. Yo hubiera podido, pues, dormir en el cementerio de San Andrés una docena de años, y nada habría embarazado las disposiciones testamentarias de estas *Memorias*. Si la delfina muriese aquí, ¿permitirían las leyes francesas el regreso de sus cenizas? Este sería un punto delicado de controversia con los sorbonistas de la doctrina y los caustistas de proserpción.

Asegúrase que las aguas de Carlsbad, son buenas para el hígado y malas para los dientes. En cuanto al hígado nada sé; pero hay muchos sin dientes en Carlsbad: quizá los años mas que las aguas son los culpables del hecho: el tiempo es un insigne embustero y un gran sacador de muelas.